





ADIÓS,
CAMARADAS

COLECCIÓN
LITERADURA

ANTONIO CARBALLO

ADIÓS,
CAMARADAS



Primera edición: abril de 2007

© Antonio Carballo, 2007

© del prefacio, Juan Ruiz Cantudo, 2007

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2007
c/ Alberto Aguilera, 8 20815 Madrid

www.funambulista.net

ISBN-10: 84-96601-28-5

ISBN-13: 978-84-96601-28-4

Dep. Legal: C-539-2007

Coordinación editorial y diseño: Enrique Redel

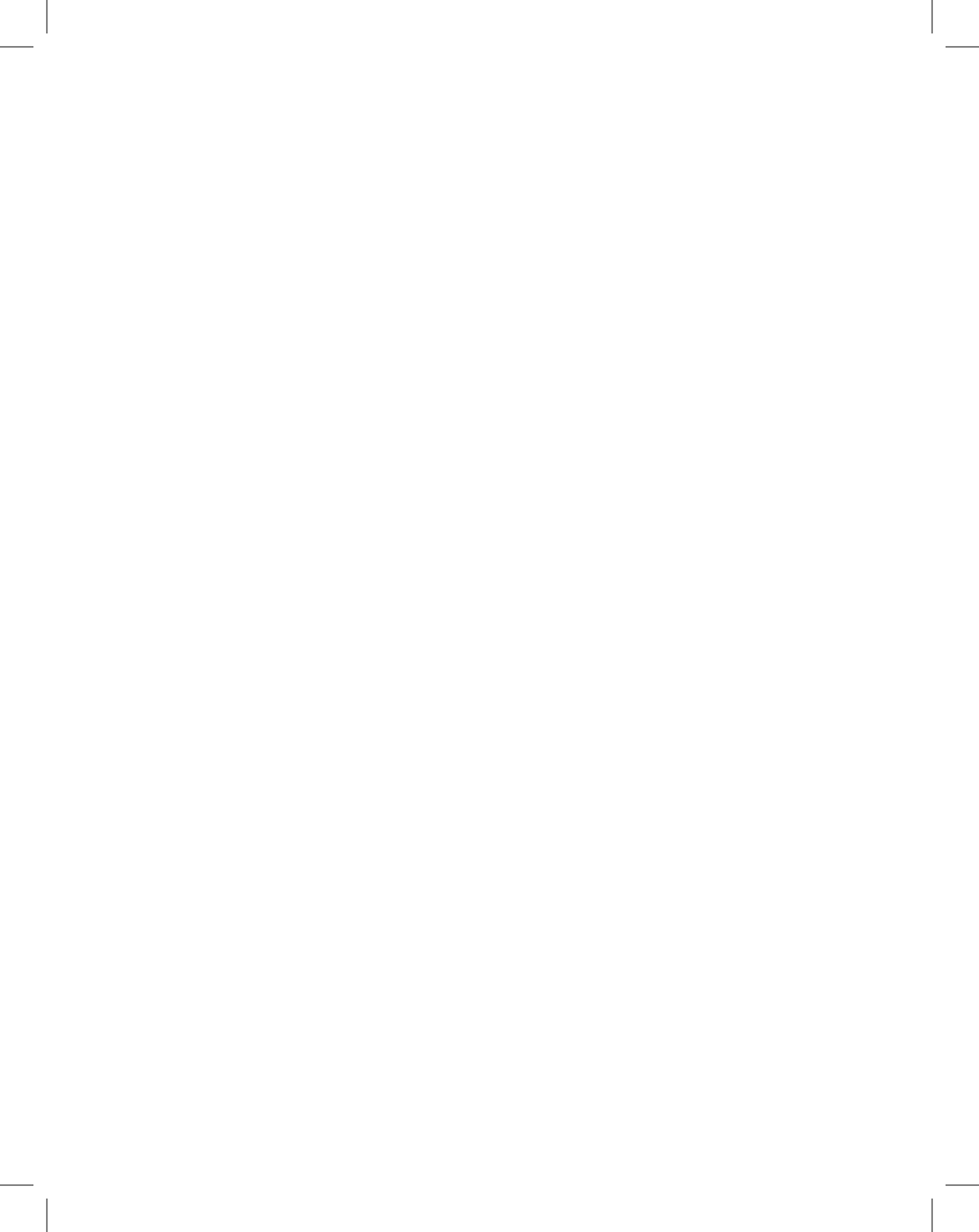
Motivo de cubierta: Escolar ruso © Express / Getty Images

Impresión y producción gráfica: Gesbiblo

Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

El día 9 de diciembre de 2006, un jurado reunido en Barcelona y compuesto por Enrique Badosa, Rafael Borràs, Marietta Gargatagli, José Ovejero y Juan Max Lacruz declaró por unanimidad ganadora del segundo Premio de novela Mario Lacruz (esta vez para primera novela) *Adiós, camaradas*, de Antonio Carballo y finalista *Mientras gira el viento*, de Jorge Viera.



Segundas partes buenas



Nota del editor

PARA SU SEGUNDA EDICIÓN del Premio de novela Mario Lacruz, y a pesar de la excelente obra ganadora de la primera edición, *Verdades como sueños*, de Eduardo Gallarza (que en breve verá la luz en Francia en la prestigiosa editorial Phébus) publicado por Ediciones B (con un jurado compuesto por Enrique Badosa, Miguel Saénz, Juan Marsé, Rafael Borràs y Rosa Montero), se nos planteó a «Sucesores de Mario Lacruz» el problema de la continuidad del Premio. Por un lado, Ediciones B declinaba seguir publicando la novela galardonada: tenían, al parecer, otros premios en ciernes, con un jurado «unipersonal», aunque nos cedía un año más la dotación del galardón; por el otro, nos preocupaba tener que seguir *mendigando* a los agentes la presentación de manuscritos de cierta calidad,

siendo la bolsa del premio modesta, y siendo el dinero, por desgracia, «el nervio de la guerra» en materia de premios; en definitiva los tejemanejes habituales con los agentes literarios no nos apetecían nada. Y la mayoría de los textos que llegaron en la primera edición eran novelas «espontáneas» o «primerizas», esto es sin apadrinamiento; meras primeras novelas, que suelen ser, teníamos el convencimiento, y salvo honrosas excepciones como se ha visto luego, de escasa calidad; ya es hora de que se pueda decir públicamente, sin que a nadie se le caigan los anillos

Surgió entonces la idea de que, para situarnos «*au-dessus de la mêlée*» —que es como siempre se mantuvo por cierto la persona que da nombre al Premio—, lo mejor sería volver a las esencias, que el premio lo publicara una editorial modesta, como Funambulista, y que el premio estuviera consagrado ya abiertamente a primeras novelas, una manera también de mantenerse más si cabe al margen del tinglado comercial que acompaña a casi todos los premios de novela, que son meras plataformas de marketing y de estrategias comerciales encubiertas.

Tal no era y no podía ser la vocación de un premio como éste, pues Mario Lacruz como editor nunca usó de premios para defender las novelas que editó. Bien sabía él cómo estaba el patio de los premios en España (había rechazado, como

novelista que era, el Planeta que le ofreció «el viejo» Lara en 1983, tal como cuenta con pelos y señales en sus memorias, aún inéditas, *Sinfonía inacabada, mil días en la montaña.*)

Creo que será interesante, por una vez, que mostremos un poco la cocina interna de un premio honesto y vocacional, como éste, con tal de que los escaldados aspirantes a escritor sepan cómo ocurren las cosas cuando éstas se hacen limpiamente, algo que, como todos sabemos, no suele ser la norma.

Los manuscritos fueron afluyendo en buen número —tampoco son tantos los premios dedicados a distinguir primeras novelas—, y una docena larga de ellos merecieron pasar las cribas habituales de las lecturas previas, de lo que se encargó de coordinar el editor de esta casa, Enrique Redel. De esta larga docena, un lector veterano y entusiasta, Juan Ruiz Cantudo, que firma precisamente el prefacio de este libro, a modo de su «hora del lector», hizo una pormenorizada valoración de cada una de ellas, informes que yo leí y que utilicé como base para fijar, con mi criterio, las que a la postre serían el puñado de novelas finalistas que leyeron los miembros del jurado.

De entre éstas destacaron dos en opinión del jurado (en esta ocasión compuesto por Enrique Badosa, Rafael Borràs, Marietta Gargatagli, José Ovejero y el que firma estas líneas): la ganadora *Adiós, camaradas* de Antonio Carballo y

la finalista *Mientras gira el viento* de Jorge Viera; la decisión se tomó por unanimidad.

¿Qué más decir aparte de dejar constancia del buen hacer de los miembros del jurado, que actuaron sin mayor recompensa que la de contribuir a que haya premios limpios en este país y la de rendir homenaje a un editor que tanto hizo por la buena literatura en este mismo país? Quizá decir sólo que la novela, por su fina ironía y por su temática «exótica» en las letras en español, seguramente le habría agradado a Mario Lacruz, quien descubrió a tantos talentos y tantas primeras novelas de calidad: no imagino mejor elogio para el texto que el lector se dispone a leer...

J. M. LACRUZ BASSOLS

PREFACIO





La hora del lector

LOS QUE LAS ESCRIBEN saben muy bien cuán difícil es dar a luz una buena novela. Y sus pacientes lectores también lo sabemos, porque ¿cuántas veces abandonamos el barco a mitad de la travesía? Innumerables. De modo que celebremos la aparición de una buena novela. *Adiós, camaradas*, de Antonio Carballo, es sin duda una buena novela. Mas puntualicemos. Estamos hablando de buenas novelas y de buenos lectores, simbiosis necesaria. Y más que necesaria en el sentido menesteroso de la palabra, provechosa.

Confieso que soy como lector un tanto tardo, y en más de una ocasión me veo en la necesidad de releer para darme cuenta de que lo leído encierra más de lo que pensaba. Bien, pues ésa es una de mis advertencias. No dude en releer. La novela

que tiene usted entre sus manos lo merece. Incluso algunas veces lo requiere. Y otra útil advertencia es que no le busque tres pies al gato. No hay mensaje ni hay gato. Aunque el autor pudiera incitarle a ello y el texto lo sugiriera. El autor, no en ésta, en todas, pierde su señorío en cuanto entrega el original al editor. Es el lector quien pasa a ser el señor de la lectura. Por eso digo que a una buena novela le conviene un buen lector. Y ahora la pregunta que me hice yo y se hará usted: ¿estamos ante una buena novela? ¿Es *Adiós, camaradas* una buena novela? Pues sí, sin duda. Pero recuerdo, usted es un buen lector y, como yo, relee cuando le es menester. Pues vamos entonces a las autoridades para esto de la lectura.

No creo, con alguna de las más renombradas, que la lectura sea una colaboración, más bien pienso en una apropiación. Colaboración es término blando, ambiguo. Mas el otro no aventaja en decencia, aunque sí en vigor. Cuando estoy con Pepita Jiménez, no necesito de su autor para enamorarme de tan gentil moza, lo hago por mi cuenta y riesgo, me la apropio. Bueno, pues es lo que digo. Nuestro autor, Antonio Carballo, ha pasado las lentas horas de la noche con la cabeza entre las manos preguntándose cuál es la palabra que sigue a la última que puso y con la duda de si dará con ella. Cuando al fin y ya de madrugada arriba hasta aquella, es precisamente la

palabra que usted y yo esperábamos y deseábamos; le hemos tenido, pues, trabajando en nuestro provecho y para nuestro gozo. Y así durante tiempo. Y al final aparece ante nuestros maravillados ojos un nuevo y bien dimensionado planeta, con su flora y fauna. Antonio Carballo, fatigado, mas orgulloso, nos ofrece *Adiós, camaradas*, el resultado de su esfuerzo.

Ofrecimiento que aceptamos complacidos. Una nueva novela está en el mercado y nos aprestamos a consumirla. Albricias. Y se suscita la primera duda. Es de obligada ortodoxia. Este mundo en el que tan hábilmente nos introduce Antonio Carballo, así, como si tal cosa, con un trago de vodka, ¿es de verdad? Pues si lo es, qué bien atrapado está entre sus páginas. El lector siente en su propia carne el frío de la calle y la incomodidad de los trenes. Y naturalmente, el insoportable silencio que en resumen es.

Y paradoja al cubo. Si es de mentirijillas, y los actores que lo pueblan también, el desconsuelo del lector sigue no obstante siendo auténtico, nuestra amargura permanece, la novela, pues, ya no está en las manos de su autor, sino en las nuestras, en nuestro patio. Vamos ahora a la prosa.

Confieso mis preferencias por las cosas bien dichas. No entro en el ya pisoteado terreno del fondo y de la forma. Digo que me gusta una frase bien construida y con gracia.

Y me gusta sencilla y sin abalorios, espontánea. La palabra de Antonio Carballo puedo, muy bien, incluirla en mis preferencias, es firme, sin fisuras, dice aquello que quiere decir y lo dice bien dicho. «La corneta de la rendición aullando en medio de las ruinas humeantes». «Una noche clara de vientos entrecortados.»

Y sigamos. Una buena novela no es nunca, y sólo, creo yo, una metáfora, ésta que tenemos en las manos, repito, es una buena novela, por consiguiente no puede quedarse en metáfora, pues no es metafórico el grito agónico del que ha perdido su libertad. Y el grito que nos deja oír la novela es real. Todavía resuena. Por eso, porque la libertad está en peligro, dice Tocqueville: «He amado la libertad en cualquier época. Pero en los tiempos que corren me siento inclinado a adorarla.»

Finalmente. Ni me reprocho ni tengo por qué reprocharme mi ingenuidad, pero estoy como un niño frente a un juguete cuyo manejo no entiende y admira. Me asombra con qué habilidad en media docena de páginas o así el autor condensa año y medio o dos de navegación espacial, y detalla, desde la euforia primera al desencanto último, las mil y una minucias que llenan su tiempo. Y otro tanto podría decir de esos periodos de entrenamiento a los que asistimos tan atentos. Repito, habilidad, maestría.

Bueno, pues ya está. Ahí tiene usted su novela, sus personajes, su trama, ahí tiene usted un magnífico apunte de éste nuestro tiempo, apunte que, por fortuna, es otro más entre otros muchos y de muy distinta índole. O sea, la felicidad sigue siendo posible.

JUAN RUIZ CANTUDO
Luxemburgo, febrero de 2007



ADIÓS,
CAMARADAS





*A mi amiga María José Gómez Guillén,
sin cuya tenacidad y pasión literaria
este libro no sería tal.*

*El hombre, en su orgullo,
creó a Dios a su imagen
y semejanza.*

NIETZSCHE

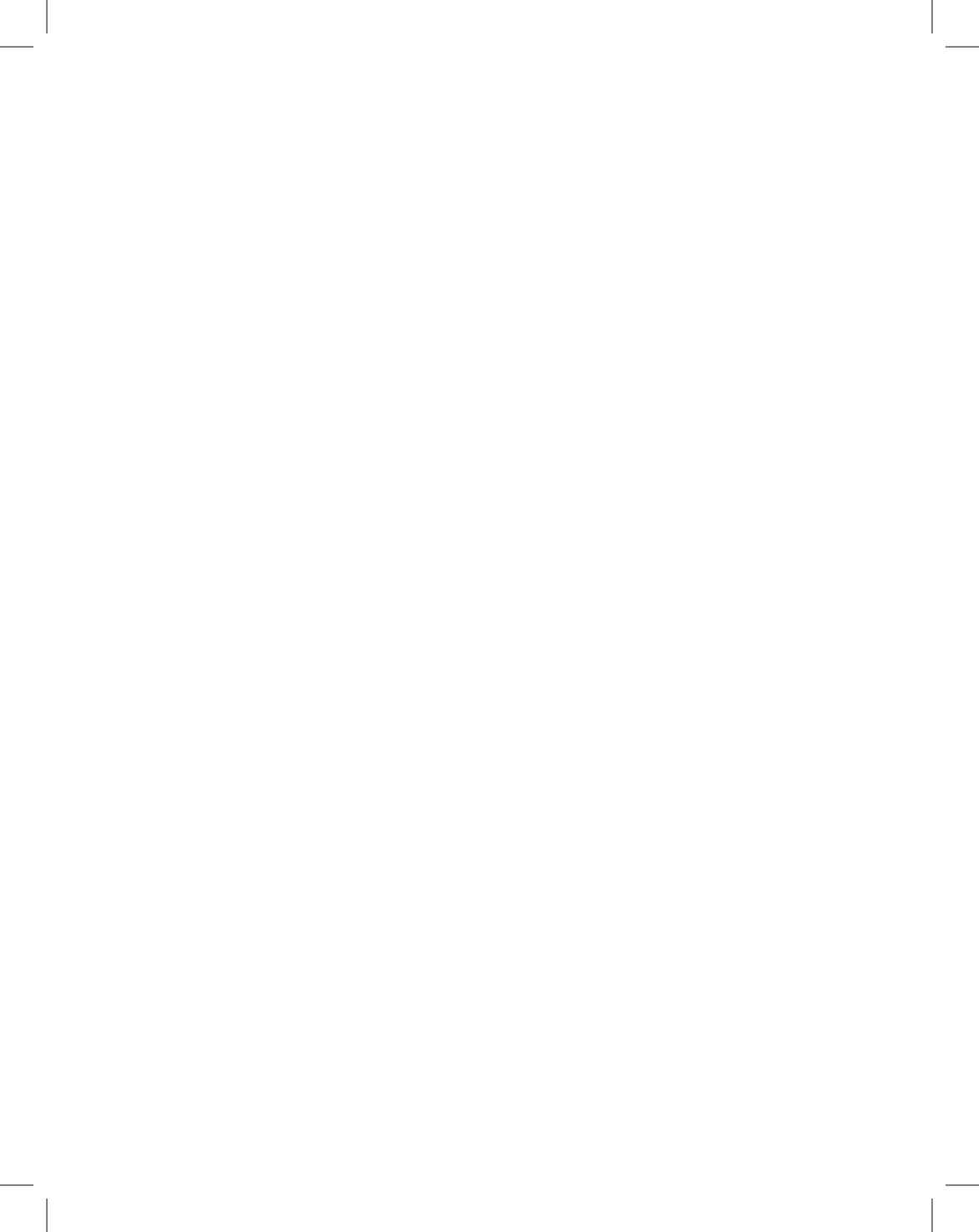
Mensaje bolchevique

21 DE DICIEMBRE DE 1991.

23.30 hora de Moscú.

Una botella vacía de vodka se convierte en un cuerpo celeste. Éste es el final de mi sueño, convertido en conspiración, pesadilla y naufragio. Una sencilla vasija de vidrio a la deriva en la inmensidad. Simple y absurdo objeto que resume el más estrepitoso fracaso. Después le seguirá el cuerpo destruido del cosmonauta traicionado.

Adiós camaradas, adiós, bolcheviques.



Mi pueblo

NACÍ EN UN PEQUEÑO PUEBLO RUSO EN 1957, justamente el día en que mi poderoso país ponía en órbita el primer artefacto espacial, el Spútnik-1. Ese 4 de octubre mi padre bebió tanto vodka, de resultas de la alegría de un primogénito varón, que olvidó su promesa de llamarme del mismo modo que la prodigiosa nave que circunvalaba la Tierra, lo cual me habría gustado especialmente, a pesar de que un número acompañando mi patronímico dejaría en boca de todos cierto sabor a época de zares. Una vez pasada la beodez decidió, sin embargo, propinarle una tremenda zurra a mi madre por no habérselo recordado. Ella misma lo contaba riendo, con su boca inundada en brillantes gramos de oro, así como que una vez concluida la paliza ella puso su mano en mi rubia cabeza y vaticinó

que no sería en absoluto parecido a mi padre, «serás un ángel del cielo» recordaba haberme dicho, esperanzada y rencorosa. Años después, al convertirme primero en piloto de combate y luego en cosmonauta, creía ver cumplida su profecía, todavía muy lejos de imaginar que sólo avanzaba por un camino oscuro hacia el significado final de aquellas palabras.

Con el tiempo, me convertí en el único varón de sus cuatro hijos. Era una época en que se veía natural concebir muchas criaturas con intención de poblar un futuro fulgurante y próspero, aunque el mundo continuaba siendo claramente un lugar peligroso y se festejaba mucho más el arribo de un vástago varón que el de una hembra. De modo que mi singularidad masculina vino a constituir la confirmación de la fracasada vida de mi padre, quien sucumbió por completo en los procelosos mares del vodka, incapaz de cumplir otra de sus promesas: incrementar los efectivos de la patria con tres hombres, uno para cada ejército.

Nunca se supo bien la causa directa que lo colocó bajo el portentoso paso del ferrocarril. Una parte de la familia, encabezada por mi único abuelo, el paterno, todavía ágil y vigoroso a pesar de los muchos sufrimientos afrontados en los campos de concentración y en la guerra, lo achacaba a su propia voluntad, o más bien a la falta de ésta, que le impedía

alejarse del alcohol y de la influencia de mamá, sumiéndole en la oprobiosa condición de pelele marital, vapuleado por las interminables palizas que ya para entonces le propinaba ella a él, inflexible en su voluntad de desquitarse de un pasado tan contusionado para su memoria como remoto para la mía. El resto de la familia, femenina en su mayoría, juraba que mi viejo se había dormido en las traviesas, acostumbrado como estaba a rendirse al sueño etílico en los más variados sitios e incómodas posturas.

De esta forma triste y absurda se dividió mi familia, se quebró en dos como el cuerpo de mi padre, cuyas mitades fueron enterradas en extremos opuestos del cementerio local, de acuerdo con la correspondiente versión de su fallecimiento. Los restos situados en el ala de los borrachos irreductos se cubrieron con todo género de botellas vacías, mientras sobre la otra tumba se clavó la bayoneta de un viejo e inservible fusil, en alegoría a la recia actitud del guerrero que limpia su manchado honor con el coraje del suicidio.

Estas penosas circunstancias me convirtieron —como futuro único hombre de la familia— en una especie de trofeo en pugna hasta la muerte de mi abuelo, quien para no dejar lugar a dudas se cortó las venas con fragmentos de la última botella de vodka que ingiriera de un tirón, consiguiendo sin

embargo establecer la más endiablada de las confusiones en relación a sus verdaderos motivos y que su postrer morada se ubicara en el centro mismo del camposanto, a medio camino entre los dos cadáveres de su hijo. Su desaparición puso fin a las disputas y trajo la paz a nuestros corazones, en especial al de mi aliviada madre, quien sintiéndose carente de adversarios masculinos por primera vez en su vida, optó por sumergirse también en el mundo del alcohol, cual si una obstinada deidad, *San Vodka*, se empeñara en apropiarse permanentemente de al menos un alma de la familia.

Mientras yo acumulaba una clara noción de que el mundo, o al menos la U.R.S.S., cambiaba vertiginosamente, mi pueblo proseguía anclado en un difuso y pretérito lugar de la historia, de cuyo anacronismo no hallaba modo de librarse. Mi difunto padre, por ejemplo, parecía ser el único hombre del país que no había luchado en la Gran Guerra Patria. Era un mecánico excepcional, al que habían obligado a quedarse en las fábricas de armamentos por sus insustituibles habilidades, pero se sentía tan dolido y frustrado por aquella contingencia, que más bien se asemejaba a un infame desertor. Sus estruendosas borracheras terminaban invariablemente en un llanto desconsolado que reducía su extraordinario físico a un amasijo de estremecimientos convulsos. Gritaba voces de

combate y hurras de victoria en medio de sus ensoñaciones étlicas y clamaba el perdón de su amada patria rusa. Porque papá no habría sido un héroe de la guerra, pero su amor por Rusia estaba descontado.

En cambio el abuelo, mi abuelo, que había pasado por el frente y por los campos de concentración, «unos y otros» solía decir, odiaba hablar de la guerra. Bebía tanto o más vodka que mi padre, pero nunca lloraba ni gritaba, sino que se ponía a cantar viejas melodías rusas. Las malas lenguas repetían que había pernoctado en casi todas las casas del pueblo, un pueblo en el que entre la pasada guerra y el actual progreso, apenas iban quedando hombres y donde la soledad de las mujeres resultaba terreno más que propicio para sus proverbiales artes amatorias, aunque él juraba haber amado a una única mujer.

Con frecuencia discutían en mi casa haciéndose acusaciones de todo tipo, la mayoría de las cuales sólo alcanzaba a entender que cuestionaban momentos de sus vidas, siempre hurgando en el pasado, como si cada uno tuviese el suyo propio, incongruente con las versiones ajenas.

Al final de aquellas ruidosas peleas alguien solía decir «Alexei, acompaña al abuelo a su casa» o me lo pedía él mismo, dependiendo de cómo el uno o los otros apreciaran el desenlace de la escaramuza. Eso sí, una vez en la calle, inclinándose a

izquierda o derecha, como si pretendiera que el frío viento le indicara la dirección conveniente, el abuelo me advertía:

—No olvides una cosa, pequeño Alexei, ¡la guerra de las camas la he ganado yo! —enfaticando sus palabras con suaves palmaditas en mi cabeza, para luego volver a caminar al borde del desequilibrio total.

De vez en cuando regresaban al pueblo los hombres destacados en el ferrocarril siberiano, en los oleoductos o en las centrales nucleares. Yo les oía hablar como si se tratara de dioses caídos del cielo, escuchando fascinado sus historias acerca de la enormidad de las obras, los equipos gigantes y las temperaturas heladas, tan bajas que los chorros de orina se congelaban en el aire. Uno de ellos, estando en Siberia, había conocido a Gagarin, el primer ser humano en salir al cosmos. De sólo escuchar su nombre el corazón me palpitaba, aún más cuando repetían sus historias del espacio y admiraban su buen trato y campechano humor. Era un par de semanas en que el pueblo se convertía en una feria de narraciones alucinantes y yo no hacía otra cosa que mirar al cielo y soñar con las estrellas. Luego, agotada su elocuencia, los visitantes se entregaban a la misma veneración por el alcohol que mi padre y mi abuelo, y así, finalmente, luego de pelear con sus esposas y madres, regresaban a sus maravillosas obras, hartos de tan

aburrido ruralismo. El pueblo volvía a lucir como arrasado por una guerra, devuelto a ese punto impreciso del pasado del que no encontraba forma de escapar definitivamente.

Me preguntaba entonces por qué mi padre no era una de esas personas bendecidas con la suerte de las construcciones prodigiosas; si su habilidad como mecánico era tal que le había impedido marchar al frente, ¿por qué no le servía ahora para enrolarse en la aventura de una portentosa obra? Unos días antes de que el tren se cruzara en su vida o él en la vía del tren, lo encontré en tan receptiva actitud que me dispuse a preguntarle. El natural temor que me inspiraban sus reacciones imprevistas me llevó a pedir su permiso previamente.

—Lo que quieras, querido hijo —me invitó pasando su larga lengua por el frondoso bigote, como si allí guardara las respuestas de todas las preguntas posibles, aunque al observar la extrema seriedad de mi cara pareció ensombrecido por un mal recuerdo y no me dejó preguntar—; ya sé, hijo mío —dijo acariciándome el cabello y suspirando con honda tristeza— quieres saber por qué, si el abuelo luchó en la guerra, no tiene muchas medallas. Es eso, ¿verdad?

Permanecí callado, y con ello le di a entender que sí, porque sentía que aquélla era también una muy buena pregunta. Mi padre, entre suspiros y humedecimientos del mostacho,

se aplicó a la difícil tarea de hacerme entender que el abuelo venía a ser, a un mismo tiempo, héroe y traidor. Un héroe que había sido capaz de escapar de los nazis bajo toda una lluvia de balas, luego de que éstos lo hicieran prisionero estando inconsciente. Sin embargo, cuando hambriento y maltrecho regresó a las filas del Ejército Rojo, se enfrentó a la deshonrosa sorpresa de ser considerado traidor, un vil cobarde que se rinde al enemigo en la primera oportunidad.

No disponía de testigos y sus heridas, más o menos curadas, así como las pálidas huellas de una terrible contusión en la cabeza, no servían para demostrar nada. Enviado a un campo de concentración de la retaguardia decidió entregarse a la disciplina del lugar, renunciando a una nueva fuga de incierto porvenir. Allí supo por fin responder a la pregunta que tanto azuzaba el fervor de sus interrogadores:

—Sí —dijo finalmente a los del campo—, debí de quitarme la vida para no ser capturado.

Y de esta manera, renunciando a reclamar perdón por hallarse inconsciente, comenzó a ser considerado no un odioso traidor, sino un miserable arrepentido. Papá me hablaba haciendo continuas pausas para cerciorarse de que le entendía, seguramente porque mi expresión de puro desasosiego demostraba que la enrevesada historia se me hacía ininteligible, tanto que

llegué a creer que jamás la comprendería. Pero bien me guardé de hacerle objeciones para no desesperarlo...

Así, cuando concluyó, afirmé haber entendido que el abuelo venía a ser igual que el minotauro de mi libro de cuentos, un héroe traidor y viceversa. Mi padre se mostró tan satisfecho que me abrazó con inusitada ternura, invitándome a indagar acerca de cualquier otra complicada cuestión. Entonces le pregunté su exclusión de las obras maravillosas. Se quedó mirando algo detrás de mí, como si yo ya no estuviera o me hubiese vuelto transparente y luego, regresando de ese impreciso lugar contestó:

—Porque yo no quise ir —propinándome al unísono una bofetada mayúscula, un golpe tal que durante varios días creí padecer una especie de patológica (y premonitoria) facultad de sentirme en la ingravidez.

Aprendí para siempre que hay preguntas que carecen de una verdadera respuesta y otros enigmas de cuya solución es mejor no enterarse.

Ya desde esa época, pude haber adivinado que la interpretación de la historia jamás sería mi fuerte, y que los asuntos ambivalentes había que tomarlos como las monedas: del lado que cayeran. De haberlo hecho así desde un principio, no me habría angustiado hasta la locura con desgracias tan horribles

como su propia muerte, de la que más allá del dolor y la tristeza de su pérdida me atormentaba la duda, el hecho de que no hubiera manera de determinar con real certeza si el tren se había subido sobre mi padre o si éste se había colocado bajo aquél.

Como ya he dicho, de inmediato me convertí en objeto de disputa entre mi abuelo y mi madre, a la cabeza de su legión femenina. Todo parecía depender precisamente del cómo había muerto mi padre, más que de su ausencia en sí. En la lucha por la respuesta deseada, el abuelo se volvió mucho más locuaz conmigo, restando tiempo a sus otras ocupaciones y a los silbidos meditabundos. Sus argumentos aumentaban mi ya gran confusión: no terminaba de aceptar que prefiriera la muerte de su hijo como un acto de trágica elección, en vez de resignarse a la idea de un mero accidente. Con todo, se mostraba orgulloso de que papá hubiera tenido el valor de dejarse aplastar.

—Sin chistar —decía—, porque aunque hubiese berreado nadie lo habría oído. Los trenes suelen ser bulliciosos— y enseguida hacía una mueca similar a una sonrisa y escupía con fuerza, como si expulsara algo malo de su interior.

A pesar de estas palabras burlescas, los ojos se le aguaban, igual que las calles cuando llueve sin parar, pero nunca vi que

le salieran lágrimas, quizá porque las había gastado en la guerra y en los campos de confinamiento.

Eran días en que se mostraba muy deseoso de ofrecerme explicaciones, y sabiendo ya muy bien que a las personas les gusta mucho más responder las preguntas acerca de otros que aquellas referidas a sí mismos, lo interrogaba con todo lo que viniese a mi mente. Un buen día me atreví con la causa de que papá no se hubiese marchado al ferrocarril siberiano, a construir oleoductos, submarinos o cohetes espaciales, cualquiera de aquellos prodigios que eran como la guerra pero sin disparos.

—Por culpa de tu madre, Alexei, sólo por causa de ella —respondió negando con la cabeza, cual si le doliera lo que decía—. Por ella no fue tampoco a la guerra y por ella se mató, porque no podía vivir con la idea de que lo había convertido en un cobarde metido siempre bajo su falda.

Entonces entendí por qué mamá no deseaba verme con el abuelo, y éste no había vuelto a poner un pie en casa. Cuando me inquirió a su vez si creía en sus razones, yo no sabía ya qué pensar, pero tampoco deseaba verme en la ingravidez por causa de un puñetazo y dije que sí con la mayor convicción, lo que obviamente le produjo una gran alegría.

Mamá, por su parte, alegaba todo lo contrario, atribuyendo al abuelo la causa no sólo de la muerte de su esposo, sino

de todas las desgracias de la familia y de muchas otras del pueblo; según ella, no había parado de fornicar cada vez que la oportunidad se le presentaba, atrayendo enemistades innecesarias. Pero sobre todo, consideraba que su fama de traidor era un baldón inextinguible que nos perseguiría más allá de su muerte.

Cuando mi abuelo se cortó las venas, quedándose en efecto muerto, con una mirada que parecía de burla o melancólico placer, no hubo otro llanto que el mío y el muy disimulado de algunas mujeres cuyos esposos se hallaban en las obras. Unas tenaces lágrimas que escaparon a pesar del temor de que mi madre dispusiera algún duro castigo por causa de ellas. Pero me dejó gemir a gusto, ponerle unas flores en la tumba y quedarme en el cementerio unos minutos con las muchas vecinas que nos acompañaron, por alguna extraña razón más amigables que nunca entre sí.

Una de estas mujeres me llevó más tarde a casa. Tarareaba una de aquellas tristes melodías que prefería mi abuelo, mientras metía sus gruesos y ásperos dedos entre mis cabellos concienzudamente, como si pretendiera quitarme algún maleficio de encima. Cuando llegamos a casa, me besó con gran ternura y en un susurro inquirió:

—¿Sabes por qué se mató tu abuelo, Alexei?

Yo negué con la cabeza, perplejo por la admiración que me producía que alguien quisiera responderme una pregunta antes de formularla. Viendo mi cara, desplegó una triste mueca y me explicó lo ocurrido: tan sólo unos días atrás el abuelo había recibido dos cartas oficiales de Moscú, entre ambas mediaban casi dos años. En la primera se le hacía una alegre oferta para rehabilitar su nombre manchado por la duda de la traición, en tanto que en la segunda se le recriminaba no haber contestado a la primera, dejándole bien claro que entre ingratos y traidores, cuando de la patria se trata, no hay grandes diferencias.

—Alexei —dijo tomando mis manos con mucha efusividad, como si nos despidiéramos para siempre—, algún marido despedido retuvo la primera carta, ¡ése es el culpable de todo!

Nunca pude comprobar la existencia de aquellas cartas; no volví a oír hablar de ellas ni, por supuesto, había a quién preguntar. Pero, tiempo después, en la tumba de mi mancillado abuelo apareció un silbato de cartero. Esta alegoría, y la ubicación del sepulcro en el centro mismo del camposanto, me convencieron de que sobre él se cernía la maldición de la calumnia, y que aquellas infaustas misivas, unidas en una misma fecha por la mano cruel del resentimiento, eran en verdad la causa de su lamentable suicidio. Además, aumentando

mi ya enorme confusión, la sorprendente historia de aquella robusta mujer me ofrecía un nuevo culpable en la cadena de nuestras desgracias. Así, mi padre había acusado al suyo, éste a mi madre, ella a él mismo, y la vecina, al miserable cartero. ¿Cargarían alguna vez en mis espaldas todas las responsabilidades?, me pregunté mientras reingresaba a mi casa, pensando en el misterioso comportamiento de la culpa.

Tan desdichado escenario marcó definitivamente mi adolescencia. No sólo habían fallecido mi padre y mi abuelo, sino que unas semanas después murió Gagarin, el primer cosmonauta, en un tonto accidente de aviación. Sentía como si su cadáver se encontrara sepultado en las afueras de nuestro cementerio, en un lugar periférico que evocaba su muerte prematura, insensata e inexplicable como tantas otras cosas. La posterior visión de mi casa sucia y desordenada y de mi madre, antaño infatigable y áureamente dicharachera, roncando en cualquier rincón y postura, me hizo pensar inequívocamente en los trenes que aplastan a los borrachos en vez de llevarlos consigo, los prisioneros que escapan de una cárcel a otra y los cosmonautas que mueren en Tierra.

Si no me apresuraba, bien podría perecer en el tránsito infantil del velocípedo a la bicicleta. Encima, el fallecimiento del precursor de los viajes tripulados al cosmos me parecía

una exhortación más para cumplir con el destino celestial que presagiara la fecha de mi nacimiento: una forma de suplir las bajas en el frente cósmico y limpiar definitivamente los nombres de mi padre y mi abuelo.

Por aquel entonces, en mi pequeño pueblo habían colocado grandes altavoces en los postes del alumbrado eléctrico; la radio central nos decía cómo era el mundo y cómo debía ser, evitándome el trastorno de los razonamientos complicados. Cada media hora los emotivos acordes de *Noches de Moscú* se dejaban escuchar en aquellas bocas grises y redondas. Mi rostro, aterido por las bajas temperaturas, se teñía del rubor glorioso que me trasmitía esa canción y mi profundo amor patrio. Mirando las estrellas, imaginaba que un día no muy lejano, desde lo alto del firmamento, mis ojos recorrerían la faz de la tierra con igual emoción.

Pero, excepto los altavoces y una cercana carretera que hizo más frecuente las visitas de los hombres de las obras, mi pueblo lucía incapaz de avanzar hacia ninguna parte; mis hermanas, hundidas en las tareas domésticas, se adaptaban sin mayores dificultades a sus vidas apacibles y monótonas. Mi madre, como buena viuda, hacía las veces del *hombre* de la casa cuando estaba sobria, rabiando y maldiciendo incluso el nombre de papá, aunque sin molestarme a mí, más bien todo

lo contrario. Escribía cartas interesándose por las mejores escuelas y amenazaba al presidente del soviet local con alguna temible venganza si no movía cielo y tierra por mi futuro. Escrutando la finalidad de sus gestiones, temía mucho que le respondieran del lugar equivocado, pues sólo me interesaba ser piloto y preferiblemente cosmonauta, mientras ella concebía otras muchas posibilidades.

—Cualquier cosa que permita que de este pueblo salga un hombre útil —decía levantando la vista al cielo.

Al recibir las planillas de la Academia General de Aviación, no sabía si aquél era el camino más corto o no hacia las estrellas, pero sí estuve seguro que se trataba de un tren que no dejaría pasar de largo. ¡Tenía que meterme en su interior sin perder un instante!

Fue muy duro dejar a mi madre, a quien la soledad y el vodka habían conferido una penosa mansedumbre. Al despedirnos, noté que sus ojos se inundaban de un llanto tan abundante como volátil y en medio de la tristeza de la separación no pude evitar preguntarme si los alcohólicos, esa etnia que tanto proliferaba en mi pueblo, necesitaban beber para vivir o simplemente la vida sólo les parecía aceptable bebiendo, mientras mamá besaba mis manos con fervor y me despedía con un melancólico «vuela, angelito, vuela».